SALMODIA AL PINTOR JOAQUIN VAQUERO

Sí, Joaquín Vaquero, ya iba siendo hora de que nos pintases
un mundo,
un mundo lleno de aire, con un gran cielo donde van a pasar
cosas.
Para eso tienes espaldas de tamaño de tronco benévolo
y manos de arador, suaves de tanto barro, y ojos de pupila.

Acude con tus grandes pisadas, y con la escolta de tu cómplice hijo,
dispuesto a seguir llamándose «Joaquín Vaquero» por los siglos de los siglos,
porque éste es trabajo para muchos brazos y muchos años, ciñéndole
entre todos difícilmente, como el tronco de la *sequoia* milenaria.

Ea, agarrad el remo, hasta que todo esté amueblado con rocas,
y todos los tubos de blanco como lagartos despanzurrados de una pedrada,
sin que importe que haya que volver más tarde a terminar;
porque es hora,
porque hacen falta peñas para sentarse, árboles que no los lleve el aire.

Sin demasiados pasos atrás, sin entornar demasiado los párpados,
y si a la tarde estás cansado, entonces te dejaremos hacer tu picardía,
sacar una luz de Belén por detrás del horizonte profético,
soltar el pájaro, guiñar el ojo desde el rincón de la llanura.

Tú, el menos arqueológico de los hombres, vuelves de tu paseo
por las afueras del tiempo,
abrigado en tu poco de neblina de melancolía, de gaita silbada para adentro
y pintas con el barro de la Vía Apia que trajiste entre las suelas,
poniéndole encima una hierba india que yacía en el bolsillo
de la cazadora.

Joaquín Vaquero, pinta el andamiaje de la tierra, la roca viva
de siempre,
que va a hacernos falta ahora, que queremos plantar el pie
donde no resbale,
en lo mineral y en lo festivo, en el amor y el barro, entre los
huesos;
pinta el borde del mundo, el fulgor de una edad deshabitada:
da de comer a la esperanza.

José M.ª Valverde